

La escritura como dispositivo constituyente de sujeto*

*Francisco Antonio Arias Murillo***

Recibido: 2 de diciembre de 2011
Evaluado: 27 de enero de 2012
Aceptado: 10 de febrero de 2012

RESUMEN

Este artículo pretende demostrar el modo como la escritura se convierte en un “dispositivo transformador del hombre”, en la medida en que posibilita la creación de una nueva realidad. Esta es una actividad que le permite al hombre tomar distancia de su sí natural, trascender hasta saberse otro, repleto de alternativas, abierto y expuesto al cambio. Lo anterior le permite pensarse y tomar la existencia en sus manos, superar la dependencia y asumir su autonomía, como diría Foucault: “haciendo de su vida una obra de arte”.

Además de lo anterior, el presente artículo expone cómo la escritura, particularmente académica, puede ser un referente válido e importante para visibilizar los modos como se constituye el sujeto, especialmente docente; o, por el contrario, cómo o de qué manera es constituido el sujeto docente por los discursos clásicos representacionales con los que se expresan y comunican las ciencias, las disciplinas y las profesiones actualmente.

PALABRAS CLAVE

Escritura como dispositivo, constitución de sujeto, educación, formación, sujeción.

* Artículo de investigación que responde a la exigencia académica del programa de Posdoctorado en Narrativa y Ciencia del que participó el autor, ofertado por la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Forma parte del plan de trabajo investigativo que adelanta el autor en torno a la problemática de la constitución del sujeto y se vincula como avance de los resultados de la investigación que adelanta en torno a la problemática relacional de “la lectura como mediación constituyente del mundo para el hombre y la escritura como dispositivo de constitución de humanidad; esta se desarrolla en el campo curricular de la educación superior, particularmente aplicada a los procesos de formación profesional.

** Posdoctor en Narrativa y Ciencia, Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Magíster en Planeación Socioeconómica, Especialista en Gestión y Evaluación Curricular. Diplomado en Docencia Universitaria. Licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas. Profesor de Planta de la Universidad del Tolima, adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas y Artes. Correo electrónico: efedear@yahoo.es

Writing as a Subject-constituting Device

Francisco Antonio Arias Murillo

ABSTRACT

This article aims at showing how writing can become a device transforming mankind, insofar as it enables the creation of a new reality. This is an activity which allows a person to get some distance from his/her own natural self and to transcend until recognizing his/herself as someone else, that is, a being who is full of alternatives as well as open and exposed to change. This allows man to think about himself and taking his own existence into his own hands, overcoming dependency and assuming his own autonomy; as Foucault would say: "making his life a work of art".

In addition to the above, this paper outlines how writing, particularly of the academic kind, may be a valid and important reference point in which to make visible the ways the subject constitutes itself, especially in a teaching context, or, if not, how or in what way this subject, for a teacher, is constituted by the classic representational discourses through which sciences, disciplines and professions express and communicate nowadays.

KEYWORDS

Writing as a device, subject creation, education, training, subjection.

Recibido: 2 de diciembre de 2011

Evaluated: 27 de enero de 2012

Aceptado: 10 de febrero de 2012

INTRODUCCIÓN

Las aventuras en las que irremediabilmente incursionamos y de las que no conseguimos eximirnos solo por el modo como *hemos sido hechos* para estar y habitar el mundo, pudieran ser una evidencia más de la escasa o *nula iniciativa y voluntad propias* con las que fue signado el hombre en los discursos clásicos de representación. Es, a mi modo de ver, el esfuerzo crítico del trabajo desarrollado por Michel Foucault (2003, pp. 83-125) en torno al hablar.

Se presume no haber duda de que, al parecer, dichas experiencias constituyen el a priori por el que quedamos vinculados y atrapados en el mundo y que también, dichos a priori constituyentes facultan para la experiencia que hace posible elaborar códigos y formas particulares de ver y entender el mundo del que se forma y se es parte; a este respecto dice Foucault (2003):

Puede decirse que es el Nombre el que organiza todo el discurso clásico; hablar o escribir no es decir las cosas o expresarse, no es jugar con el lenguaje, es encaminarse hacia el acto soberano de la denominación, ir, a través del lenguaje, justo hasta el lugar en el que las cosas y las palabras se anudan en su esencia común y que permite darles un nombre. Pero este nombre, una vez enunciado, reabsorbe y borra todo el lenguaje que ha conducido hasta él o que se ha atravesado a fin de llegar a él. De tal suerte que, en su esencia profunda, el discurso clásico tiende siempre a este límite; pero solo subsiste al retroceder. Camina en el suspenso, mantenido sin cesar, del Nombre. Por ello, en su posibilidad misma, está ligado a la retórica, es decir, a todo ese espacio que rodea al nombre, lo hace oscilar en torno a lo que representa, hace surgir los elementos, la cercanía o las analo-

gías de lo que nombra. Las figuras que atraviesa el discurso aseguran el retardo del nombre que viene en el último momento a llenarlas y a abolirlas. El nombre es el término del discurso (pp. 122-123).

Son también aquellas variadas experiencias del mundo las que parecieran halarnos con la pretensión de introducirnos en otros modos de explorar y otorgar sentido a cuanto vemos, tocamos, olemos, oímos o gustamos.

Lo anterior, creo, no es posible más que por la facultad que poseemos de *leer el mundo*; quiere y quiero decir que la lectura es una condición para el hombre habitar el mundo, para otorgarle a este su sentido, esto es, nombrarlo. Como la cometa que tira de la cuerda que pretende mantenerla asida a un punto, se revuelve, zigzaguea procurando liberarse de su atadura para dejarse llevar por el viento e ingresar en *su* aventura azarosa, también nosotros los hombres jugamos, forzamos y buscamos soltarnos de los a priori constituyentes para aventurarnos a *ser otros, hacernos realidad* y conseguir entrar en una instancia nueva y, resueltamente, provocadora. A este nivel se ubica, como dirá Foucault (2003) refiriéndose al lenguaje: “el discurso [literario] que retiene este ser [lenguaje en torno del nombre] y lo libera para sí mismo” (p. 124).

Si la lectura es el a priori para *descubrirse* el hombre en el mundo, la escritura es la aventura que lo puede liberar o emancipar de lo que lo mantiene asido al mundo; la escritura parece ser, decididamente, el arte que evidencia la capacidad creadora y simbólica que faculta al hombre para transformarse al transformar los modos de habitar su mundo y *empezar a existir* en él, ir más allá de su ser y estar en el ámbito natural.

Superar el *estado de naturaleza*, podría decirse, es la novedad moderna para el hombre, pues el trascender-se, el distanciar-se de lo que por naturaleza *es* para saberse capaz de constituirse algo diferente y en permanente actualidad, en emergencia, es lo que hizo posible el desarrollo de la conciencia del hombre respecto de su finitud, a la posibilidad inevitable de desvanecerse, desaparecer y constituirse en *realidad siempre nueva*. Paradójicamente, el triunfo del sujeto moderno sobre el hombre, hasta facultarlo en su autonomía, implicó su ingreso en la instancia crítica que lo condujo e hizo que emergiera y se sumiera en el desencanto; dicho desencanto hizo que el sujeto se asumiera en sí mismo como realidad, pero también fue un desencanto que le condujo a una defensa permanente de su estado de naturaleza; algo así como si al hombre no le hubiera gustado hallarse, lo que encontró de sí en el momento en que se hizo objeto de conocimiento; en ello se juega su división o disyuntiva.

DESVANECIMIENTO DEL HOMBRE EN LA MODERNIDAD

La independencia o autonomía con que se posiciona y legitima el lenguaje en la modernidad es una clara contestación a los supuestos representacionales con los que operó el discurso de la ciencia clásica, esto es, como realidad dada, natural e identitaria. Algunos autores se sienten realmente afectados, dolidos y no escatiman en evocar y añorar un pasado que daba seguridad y solidez. A este respecto se expresa Bauman (2008), al constatar que: “Hoy se sabe que las cosas más preciadas envejecen rápido, que pierden su brillo en un instante y que súbitamente y sin que medie advertencia

alguna, se transforman de emblema de honor en estigma de vergüenza” (p. 28).

Indudablemente vivimos, y se vive en, algo así como, un constante sopor; parece no caber duda de que se está sumido en una especie de inconsciente e inmersos en la disyuntiva del *ser* y el *existir*. Ser o existir y no ser y existir es una asunto que devino lugar común, lo que condujo más a una *despre-ocupación* que a una *pre-ocupación* por hacer del hombre una realidad nueva, al punto que ello ha favorecido más la disputa por la defensa que por su potenciación en torno de lo que podría llegar a ser. Lo anterior ha operado más como un dispositivo limitante que posibilitador en la conformación y/o constitución de algo nuevo, lo que podría ser el sujeto. En este sentido, piensa y deja ver Bauman (2008) su preocupación en torno de la realidad presente:

Los retos actuales están golpeando duramente la esencia misma de la ida de educación tal como se la concibió en el umbral de la larga historia de la civilización: hoy está en tela de juicio lo invariable de la idea, las características constitutivas de la educación que hasta ahora habían soportado todos los retos del pasado y habían emergido ilesas de todas las crisis (p. 27).

El desvanecimiento del hombre se evidencia cada día en la medida en que su ser objeto de conocimiento lo asimila a una mercancía; Bauman (2008) lo siente así:

El destino de la mercancía es perder valor de mercado velozmente y ser reemplazada por otras versiones “nuevas y mejoradas” que pretenden tener nuevas características diferenciales, tan transitorias como las de los productos que acaban de ser desechados porque ya perdieron su momentáneo poder de seducción (p. 30).

La solidez que garantizaba la inmutabilidad así como las leyes que daban soporte al mundo, fuentes del determinismo y dominio del hombre sobre lo real hasta hacerlo y darle la forma que se consideraba adecuada como realidad, la memoria que se catapultó como principio de permanencia y certidumbre, hoy es declarada un factor caduco y un impedimento para la movilidad y el cambio; en este sentido, parodiando a Nietzsche, *la memoria es un problema porque lleva a recordar y el recuerdo es un impedimento para vivir porque no permite olvidar*. A este nivel, “olvidar” es condición para pensarse de modo diferente y vivir siempre de manera renovada. “Todo lo sólido se desvanece en el aire”, decía Marx, y este parece ser un hecho que hoy se constata y se aplica de modo especial al hombre. Dice Bauman (2008): “uno es tan bueno como sus éxitos, pero en realidad solo es tan bueno como su *último* proyecto de éxito” (p. 35).

El hombre *devino*, se constituyó sujeto en la Modernidad: representable, modelable, educable, esculpible, formable, funcional, productivo, útil, memorable, ser de razón y dominio, responsable, social, colectivo, alterativo, estable, de éxito, etc.; estas son perspectivas ampliamente desarrolladas por intelectuales provenientes de campos como la filosofía, la política, el derecho, la sociología, la antropología, la psicología, la educación, la economía, entre otros; en la posmodernidad se constituyó subjetivo: individual, egocéntrico, diferencial, distintivo, de culto a la personalidad, buscador de estrategias que le permitan aprehender el “cómo hacer” bien las cosas más que saber más de las cosas —de ahí que pretenda una educación permanente o la actualización profesional—, momentáneo, flexible, competente, competitivo, cambiante, realidad

de relevo y, por tanto, desconfiado del futuro, perecedero y seguro de que todo fluye; a este nivel, la subjetividad que enmarca a la posmodernidad está confiada de un “presente siempre nuevo”.

La evidente disyuntiva anterior parece conducir al hombre a un abismo, genera en él tanto miedo e incertidumbre, en cuanto a sus perspectivas de futuro, de lo que pudiera llegar a ser, que prefiere ignorar-se, desconocer-se a la hora de plantearse la dimensión de futuro, lo que inevitablemente le lleva a replantearse su concepción de tiempo. Las categorías *espacio* y *tiempo* que permitieron al hombre moderno ubicarse y localizarse en el mundo, en la posmodernidad se desvanecieron, se deshicieron y abrieron la posibilidad del hombre a entrar en el ámbito de la incertidumbre. Si el mundo ya no es lo que se le prometió tampoco él es aquello que se presumió.

La finitud es en la posmodernidad la única certidumbre; también lo fue, a su manera, para el hombre de la época clásica helénica; en contraposición, la perennidad lo fue para la Modernidad. Al parecer la disyuntiva se da en el momento en que se invierten los intereses que guían al hombre; por ejemplo: “somos los herederos de una moral social que busca las reglas de la conducta aceptable en las relaciones con los demás [...] [lo que hace] difícil considerar el interés por uno mismo como compatible con la moralidad” (Foucault, 1990, p. 54). El preocuparse de sí mismo que caracterizó al mundo grecorromano se reemplazó por el conocimiento de sí mismo, en un claro rechazo del sujeto. Esta relación contraventora la identifica con bastante precisión Foucault (1990): “en la cultura grecorromana el conocimiento de sí se presentaba como la

consecuencia de la preocupación por sí. En el mundo moderno, el conocimiento de sí constituye el principio fundamental” (p. 55).

La yuxtaposición enunciada parece ser el problema central; se está de un lado o del otro. La perspectiva moderna centró su interés en el conocimiento de sí mismo, el conocimiento del hombre, al punto de objetivarlo desconociendo en él su facultad de pensar; asimismo, saberes como la filosofía, centraron su atención en dilucidar el pensamiento del hombre al margen de la acción:

Todos nosotros somos sujetos vivientes y pensantes. Lo que hago es reaccionar contra el hecho de que exista una brecha entre la historia social y la historia de las ideas. Se supone que los historiadores sociales deben describir cómo actúa la gente sin pensar, y los historiadores de las ideas cómo piensa la gente sin actuar. Todo el mundo actúa y piensa a la vez (Foucault, 1990, p. 148).

Como puede verse claramente, hay un desvanecimiento del hombre en la Modernidad por cuanto a medida que se lo objetiva, se lo cosifica, se lo niega para conocerlo y poderlo aprehender, *desaparece* y emerge una realidad que lo contraviene, lo desintegra, lo constituye y/o hace ser algo diferente aunque lo presume y afirma como universal: “Puede que el humanismo no sea universal, sino bastante relativo a cierto tipo de situación” (Foucault, 1990, p. 149).

Este tipo de extrañamiento del hombre en la Modernidad, que busca la verdad en el afuera, es el que prevalece y el que, sin duda alguna, genera mayor desazón. Se rompe la experiencia del hombre con la verdad:

La verdad está dentro, no nace de algo externo,

Hay en todos nosotros un recóndito centro

Donde íntima y plena la verdad nos habita.

Saber, consiste más en abrirse un camino

Por donde pueda huir nuestra luz prisionera,

Que en abrir una puerta para los resplandores

Que imaginamos fuera.

Poema Paracelso

Robert Browning

(citado en Ospina, 2000, p. 65).

Este pensar y buscar la verdad afuera, este arte de objetivar para dominar, abre la posibilidad a la emergencia de un sujeto que se objetiva a sí mismo: “el sujeto hablante es el mismo que aquel del que se habla” (Foucault, 2008, p. 8); no obstante en su *hablar* desaparece el sujeto mismo, pues la palabra —en cuanto que lenguaje— opera como dispositivo conducente al *afuera*, lugar del objeto y extrañamiento de sí, así como del discurso verdadero, aquel discurso atravesado por una voluntad de verdad que irremediablemente enmascara la verdad que quiere, universalizándola (Foucault, 2005, pp. 11-25).

Es este trasfondo, guardadas las distancias y posiciones que separan a los dos autores, en el que se expresa Touraine (2002) cuando afirma que “la sociedad moderna [...] Es también el terreno donde aparece el sujeto [...] para reivindicar su derecho a ser actor” (p. 259); a este nivel, es posible convenir con Touraine cuando dice que “el sujeto ya no es un *ego* [...] es una voluntad consciente de construir la experiencia individual, pero también es apego a una tradición comunitaria,

es goce de sí mismo pero también sumisión a la razón" (p. 265).

La presunta certidumbre de Touraine (2002) sobre:

el sujeto es un movimiento social [que] se constituye no en la conciencia de sí mismo, sino en la lucha contra el antisujeto, contra la lógica de los aparatos sobre todo cuando estos se convierten en industrias culturales y, a fortiori, cuando tienen objetivos totalitarios (p. 270).

Mucho más podría decirse en torno al desvanecimiento del hombre en la Modernidad, pero la brevedad de este artículo no permitiría ir más allá de lo dicho hasta el momento; baste con lo planteado para dejar al lector expectante y abierto a su producción, que ejerza su propia voluntad de saber y verdad así como que se apropie y dé rienda suelta a su subjetividad.

EXPERIENCIA DE ESCRITURA CONSTITUYENTE DE SUJETO

Escribir es, sin duda alguna, una experiencia que evidencia la más alta capacidad que tiene el hombre de constituirse sujeto; es la muestra más clara que se tiene del trascender-se, del tomar distancia de sí, del objetivar-se para decir-se *algo* a sí mismo de sí mismo. Si se reconoce el planteamiento en torno al hombre y el sujeto que se ha venido dilucidando en las cortas líneas de este escrito, es posible convenir en que el sujeto es el *modo* de exteriorización del hombre así como que, a medida que el hombre queda fuera de sí, este *se pierde*.

Escribir es una manera de *perdernos a nosotros mismos*, y aunque pretendiéramos y tuviéramos la ilusión de transmitir sentido —nuestro pensamiento— a través de la

escritura, el texto escrito —como la obra de arte— adquiere identidad propia, encarna sentido propio, al punto que queda expuesto para ser interpretado por el lector según lo que él, en su momento, sea. Lo anterior es muestra de que cada texto que escribimos es un ingente esfuerzo por constituir un objeto, un objeto que, una vez que sale de nosotros, adquiere vida propia y que, al ser leído por otros, tiene la virtud de constituir otros sujetos, es decir, posee la capacidad de hacer que los hombres y mujeres que lo leen se trasciendan a sí mismos, se exterioricen, tomen distancia de sí mismos, hasta reconocer-se en la obra que se les presenta; aquí no importa quién la haya compuesto ni a qué tipo de sujeto dio o fue respuesta; en esta perspectiva es la que hizo que Foucault llegara a convencerse de la desaparición de la función autor. Salido el texto de nuestras manos ya no tenemos más dominio sobre él, este, se presume, *adquiere vida propia*.

Esta condición distanciada de la obra, así como el carácter propio y sentido que esta adquiere una vez ha sido creada, es expresión de la experiencia del hombre que se desvanece en su constituirse sujeto. No parece cosa fácil, pues la tendencia del hombre es la de apropiarse, ejercer dominio, permanecer e identificarse en la obra que sale de sus manos; un poco a la manera como lo dice Touraine (2002): "Dios estaba en el mundo que había creado y el hombre desde el comienzo de la Modernidad quiso imitarlo y ocupar su lugar" (p. 263).

La experiencia escritural es una especie de experiencia de desplazamiento del *yo*, esto es, una experiencia de *constitución de sujeto* por cuanto la escritura es una manera central de la acción de *modificación del sí mismo*, es decir, de lo que bien podría llamarse el

ego. Mantener el sentido de sí mismo, del ego, en la obra que ha salido de sus manos es, al parecer, el *pecado* del hombre, su pretensión deificadora. La presunta conservación del estado natural primigenio es una manera de contrarrestar la emergencia del sujeto, es impedir, como decía Foucault (1979), hacer visible lo que parece invisible porque está demasiado cerca de los ojos, es decir, epidérmico, lo cual se propone visibilizar a través de su obra: “como si tuviéramos miedo de pensar el *Otro* en el tiempo de nuestro propio pensamiento” (p. 20).

Entrando en detalles documentales y en relación con el propósito de este escrito, se lee para meditar y se medita para ejercitarse, entrenarse en el pensamiento sin preguntar por el sentido de un texto leído; más bien, la lectura que conduce a la meditación es el arte de “apropiarse [de un pensamiento], convencerse de él tan profundamente que, por un lado, lo creemos verdadero, y por el otro podemos repetirlo sin cesar, repetirlo tan pronto se imponga la necesidad o se presente la ocasión” (Foucault, 2002, p. 339). Este apropiarse a través de la lectura mediante un acto de subjetivación, faculta para la acción, esto es, para pensar la verdad con el fin de actuar en correspondencia; en esto consiste la meditación: el sujeto es modificado sin cesar por su propio movimiento.

La lectura como experiencia y ejercicio de meditación está ligada a la escritura. He aquí su dificultad, pues la escritura es una práctica de sí, un ejercicio de sí que evidencia el modo como hemos asimilado la lectura; en esta perspectiva dice Foucault (2002): “La lectura se prolonga, se fortalece, se reactiva por la escritura” (p. 341); la escritura es una forma de exponerse a sí misma porque implica un decir que es al mismo tiempo un

decir-se, pues hay que releer o volver a leer lo escrito; de este modo, es probable que la escritura que sale de nosotros sirva a otros, lo que evidencia la importancia de la misma en el ciclo constituyente de sujetos.

Si la escritura es una forma de constituir sujeto, es evidente la diferencia entre constituirse sujeto o ser constituido sujeto. Los sistemas de dominación política, económica, social y cultural aún siguen teniendo gran influencia en los modos de hacer o hacer-se sujetos; en este sentido se ejerce sobre el sujeto control y, además, se le obliga a hablar mediante un ejercicio de poder y se le somete. A este respecto, es posible observar las formas de constitución de sujeto a través de un ejercicio de escritura académica, obligada y condicionada por el contrato laboral del docente, lo cual parece contravenir el supuesto del que parte Touraine (2002), para el que “el sujeto no tiene una naturaleza, principios, conciencia; es acción dirigida a la creación de sí mismo a través de las resistencias que nunca pueden ser completamente superadas. El sujeto es deseo de sí mismo” (p. 280); así más o menos lo entendía Freud: los objetos son constructos del deseo, *construimos los objetos de deseo*.

NARRAR LA CIENCIA-ESCRIBIR LA CIENCIA

Muchas veces, la mayor parte del tiempo, sentimos haber llegado tarde, esto es, tarde para decir, expresar y exteriorizar lo que pensamos, en y desde nosotros mismos y en nuestro propio logos; sin duda todos hemos sido objetos de formación mediados por los discursos de las ciencias: formales, naturales, sociales y humanas; de hecho, he transitado largos años, más de los debidos, por las aulas haciendo acopio de variopintos

discursos, a veces incluso sin conseguir distinguir entre uno y otro, que me permitirán discernir con cierta claridad aquellos que, finalmente, produjeran en mí cierta cohesión en el espíritu o el pensar, como para que se diera la experiencia iluminadora que otorga la satisfacción del conocimiento adquirido y, por fin, aprehendido me facultara para andar solo, es decir, levantar el vuelo haciéndome cargo de mí mismo, sin depender de la aprobación del otro, no obstante este tenga una palabra que decir al respecto.

Sin duda todos hemos experimentado el mucho leer y escuchar las distintas formas de abordar los discursos de las ciencias, así como todos nos hemos preguntado cuál o cuáles de dichos discursos se ajustan de manera más adecuada a las circunstancias e intereses que nos mueven y se nos antojan como *dispositivo* propicio para expresar y/o comunicar aquello con lo que nos sentimos identificados, pero que aún permanece en nosotros como un grito ahogado en la garganta, que precisa salir pero que se atora en ella como si aún no fuera el tiempo, su tiempo de exteriorizarse, de mostrarse.

A este nivel, las diversas teorías, algunas de ellas un tanto disímiles, que se han constituido en torno del sujeto, desde la Modernidad, cuando empezó el hombre a ser pensado en su finitud desde su condición de finitud misma, han hecho emerger un cúmulo de discursos, todos ellos cargados de unas presunciones de verdad sobre las que se han constituido regímenes que se hacen circular en los diversos sistemas institucionales de formación, particularmente el educativo, de los que participan las poblaciones, que han marcado y determinado los modos y formas de ser sujetos, ya constituidos desde afuera ya constituidos desde sí mismos.

Para el caso que nos ocupa, la escritura surge como una positividad, esto es, un modo de objetivación del sujeto, *dispositivo de exteriorización* que le faculta mostrarse, salir de sí mismo, decir y decir-se, narrar y narrarse, comunicar y comunicar-se. Después de vivir la experiencia de *subjetivación* propiciada por los múltiples discursos científicos constituyentes de los que hemos sido objeto a lo largo de nuestra vida educativa y formativa, escribir es un modo particular de comunicar la experiencia de constitución del discurso propio con el que nos hacemos visibles, en cuanto sujetos, especialmente en el mundo académico.

La escritura académica es una de las instancias privilegiadas en la que se tiene la posibilidad de mostración, de visibilización del sujeto que somos; en ella el sujeto *se expone*, enuncia su discurso, discurre, se dice a sí mismo y dice a los otros acerca de sí; por esto, escribir es un esfuerzo de mostración del espíritu. Esta escritura, en cuanto que objetivación del sujeto es, al mismo tiempo, mostración del ser del lenguaje y, en cuanto tal, este se materializa en el texto que, a su vez, toma distancia del sujeto productor, se independiza, se libera de este y adquiere — como ya se ha dicho — vida propia.

La escritura posee la virtud propia de mostrar al sujeto, en cuanto que lo objetiva y hace evidente su constitución, para inmediatamente desaparecerlo y hacerlo entrar en una especie de *extrañamiento*; estando el sujeto positivamente en la escritura, esta, por su parte, es evidencia del afuera objetivo del lenguaje; ya Foucault (2008) había hecho explícita dicha impresión: “se sabe que el ser del lenguaje es la visible desaparición de aquel que habla” (p. 75).

Hay pues toda una dinámica en la constitución del sujeto a través de la escritura. La escritura académica necesariamente está signada por el proceso previo de subjetivación; el maestro, profesor o docente, ha *sufrido* un proceso de formación, es decir, ha pasado por la etapa de la escucha, activa o pasiva de varios lenguajes, mediante la cual ha apropiado y hecho suyos los muchos y variados discursos de las ciencias con las que se le forma para luego *meditar* y *ejercitarse* en la actividad de la enseñanza; esta formación lo habilita para el aprendizaje que, a su vez, constituye el insumo con el que se le dota por parte del sistema hasta hacerlo competente para el desempeño de su función. Esta apropiación lo faculta en el arte de asumir y asimilar el discurso externo, aquel proveniente y legitimado como discurso verdadero de las ciencias, hacerlo suyo para luego replicarlo como propio en el desarrollo de su actividad docente.

Esta instancia de subjetivación tendría que conducir a una etapa de *meditación*, esto es, de reconstrucción del discurso expresado en lenguaje propio, de tal manera que la enunciación de las verdades aprendidas, en sus regímenes específicos, se produzca en un *estilo propio*; este es, en mi experiencia escritural, el asunto problemático. Al parecer, *constituir-se sujeto*, en esta acepción, es cosa factible para pocos, pues el *aura* que envuelve e imprime carácter a esta manera de *hacer-se* a sí mismos o facultar a otros para realizar la tarea de constituir sujetos tiene un cierto aire gnóstico relacionado con la sabiduría, pero una sabiduría superior poco posible, o mejor escasa, para el común de los mortales, lo cual *hace pensar* que las *formas sujeto*, que llevan a la superación del estado natural del hombre, son, de algún modo, privilegio de algunos.

Si la escritura emerge como un factor diferenciador, como *dispositivo de visibilización del sujeto*, así como evidencia y constatación de *lo nuevo* que posiblemente supere la condición del hombre, es muy probable que nos hayamos equivocado, de comienzo a fin, en las técnicas que hemos empleado y hemos hecho circular, de diferentes modos, por las aulas de clase, con la presunción de formar *hombres libres*, sujetos autónomos, competentes y capaces de tomar la vida y la existencia en sus manos para hacer-se cargo de sí mismos, para desarrollar la competencia de la responsabilidad de sí y de los otros, insumos estos necesarios para poder pensar-se en sociedad y facultados para la transformación del mundo, ahora sí, formados para la humanización del mundo.

Esta perspectiva de la escritura como *dispositivo* constituyente de sujeto es hoy mucho más conflictiva y problemática en el mundo académico, máxime cuando las tendencias de la realidad social que hemos contribuido a mal-formar se perfilan, no a buscar y recrear sistemas de pensamiento que permitan volver a pensar en las estrategias apropiadas para la formación de sujetos nuevos, con características como las que aquí se han nombrado y otras, sino que —tal vez por incapacidad— se encaminan hacia la consecución y creación de *estrategias que sujeten al sujeto*, que lo inhiban hasta hacerlo perder, si es que en algún momento hubo visos de haberse conformado.

Es en esta instancia en la que encuentro pertinente la resistencia. El *estilo identitario* de quienes escriben, de quienes han hecho de la escritura un dispositivo para su constitución de sujetos, se muestra en un campo de resistencia; han tenido que conformar su escritura, constituir la estrategia de defensa

y arma con la que se debaten en el campo de batalla como mecanismo para defender y exigir su derecho a ser los sujetos que entienden se han constituido. Es curioso, en mis análisis encuentro que todos aquellos que afirman ser sujetos libres, autónomos, responsables de sí mismos y con capacidad para dar razón de sí y facultados para acompañar a los otros en la tarea de hacerse hasta conseguir que su vida sea como una obra de arte, única, irrepetible y bella, son los que no están en los círculos educativos. He ahí mi desazón.

CONCLUSIÓN

Llegado a este punto podría dar por terminado este escrito; con lo dicho podría quedar satisfecho aunque, por supuesto, no feliz. Pero como se trata de narrar la ciencia, porque estoy del lado para nada halagüeño que es el de la educación, debo decir que encuentro la escritura académica poco constructiva, poco creadora y provocadora de medios constituyentes de sujetos que den cuenta de sí mismos, medrosa y poco dispuesta a correr el riesgo emancipador. La escritura académica se conformó con la estrategia dilucidadora de las teorías de las ciencias y las disciplinas, enfocada a la explicación y agotada en la procura creativa de técnicas para aplicarlas al hacer irreflexivo, de tal modo que, en su aplicación, demuestra la escasa capacidad meditativa y de subjetivación que parece ser condición previa del paso a la exteriorización modificada y transformadora que implica la conformación de un discurso propio.

Es probable que haya un camino: repensar las prácticas de lectura y su enseñanza. Es posible que si se enseñan los lenguajes

distintivos de las ciencias y las disciplinas, objetivados en sus diversos discursos y regímenes de verdad constituyentes, como un insumo más para ser usado por el hombre en la tarea de darse la forma que considere adecuada, podría ser posible que des-sujetásemos al hombre y lo pusiéramos en condiciones de pensarse como una realidad factible, única, personal —no universal— y con disposición para hacer de la vida y su vida un trayecto vivible y donde se haga posible la completitud buscada.

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, M. (2008). *El pensamiento del afuera*. Valencia: Pre-Textos.
- Ospina, W. (2000). Verdad y alegría. En Gaviria, J.; Mockus, A.; Abad, H. y William, O. *Una reflexión sobre Colombia desde la educación: tensión de la memoria y placer del pensamiento*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Touraine, A. (2002). *Crítica de la modernidad*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.